

paso cuando á él se acercaba, y como un alma púdica que conoce su desnudez, sentia al verle que el rubor encendia sus mejillas. El acento del jóven la ponía agitada y temblorosa, velábasele la voz cuando le quería hablar, y se quedaba ante él muda, inmóvil, confusa, como un niño sorprendido y reconvenido por su madre al hacer alguna travesura, ó como debió quedarse Eva ante el Padre de los hombres, teniendo todavía la fruta culpable en la mano. A veces, no osando ser la primera en dirigirle la palabra, dejaba los frutos y la leche sobre una piedra sin desplegar los labios, y mientras él no la veía, corría á ocultarse detrás de los cipreses y si volvía para verle y no lo conseguía, alejábale pesarosa y llena de tristeza que no lograba desechar en todo el día. Otras veces, sentándose lejos de él al pié de un tejo, apoyaba la barba en la mano y pasaba largas horas contemplándole como se contempla á un sér que no se atreve uno á admirar sino á cierta distancia, y abstraída, aunque con los ojos muy abiertos parecia seguir con el corazon algun vago fantasma que se mecía en los cielos; luégo bajaba la vista al suelo, pero tan tristemente que Cedar no podía apartarse de ella ni guardar silencio por más tiempo; ántes al contrario, acercándose á ella, era el primero en hablar diciéndole con suave acento: —¿Qué tienes?— Entónces, como aquel á quién se sobresalta empujándole, brotaban de sus ojos dos lágrimas que corrían por sus mejillas, lágrimas que enjugaba con fingida sonrisa, hasta que por fin, disipándose su tristeza juntamente con sus pensamientos, anegábase todo su corazon en dulces palabras; en su ternura infantil se entregaba á una loca alegría, y parecia embriagarse á propósito en su delirio, como para olvidar que la muerte estaba cercana.

Cuando la encantadora jóven se alejaba de aquellos sitios, caminaba al regresar con los ojos bajos, embebida en sus pensamientos y tan distraída que no echaba de ver la admiración causada por sus perfecciones, ó si sentía la mirada de algun hombre fija en ella, lamentábase con desden de parecerle hermosa; pues hubiera deseado pasar desapercibida ó

parecer fea á los ojos de los demás, y sólo ser visible y amable y bella á los de él! Pero por má que procurara velar con la indiferencia sus encantos, no dejaban de producir éxtasis y de alimentar esperanzas, y los hijos de Phayr, enajenados al verla, murmuraban ya de la lentitud con que se procedía para escogerle un esposo.

«Cuando la flor de la vid ha perfumado la llanura, decían, cuando los racimos están cuajados de encendidos granos, no se los deja, colgando de los rastreros pámpanos, aguardar otra flor y una nueva primavera. sino que el niño levanta sus brazos, los aspira y los coge, pues de lo contrario el pálido otoño secaría las hojas, y al soplar los vientos del invierno desprenderían los granos que las aves acudirían á robarle.»

Los padres, disgustados por fin, se pusieron de acuerdo para hablar á Phayr, y tres de ellos se presentaron á él y le dijeron, meneando todos la cabeza mientras uno de ellos hablaba:

Cuando la oveja brinca y se niega á dar su leche, ¿se la deja, oh padre, á merced de sus caprichos, perderla con su lana al borde de los precipicios? No: el cuidadoso pastor la acerca á su hijuelo que bala á su lado de hambre y de sed, y cediendo á su balido, acude para que el pastor la extraiga la blanca leche que retiene en sus tetas. Cuando la gallina y la pava, que ponen á escondidas, van á esparcir por los bosques sus huevos puestos al azar, ¿se les deja, sin nido ni prole, que siembren en provecho de la zorra sus fecundas cáscaras? No: el hijo de la casa va en su busca, los reúne cuidadosamente sobre el césped, y cuando la madre vuelve al anochecer y los encuentra, los cubre amorosamente bajo su corazon que les sirve de caliente abrigo, y en breve los polluelos, por tal manera multiplicados, se diseminan por la yerba y cacarean á nuestros piés.

El anciano y Selma comprendían este lenguaje, en que trás figuras retóricas se traslucía el propósito que lo dictaba; más cuando á su vez querían repetirlo, su caprichosa hija se ne-

gaba á escucharlo, ó frunciendo el labio y encogiéndose de hombros, iba á orillas del río á llorar al pié de un sauce.

Cada uno de los pretendientes, á prueba de desdenes, procuraba á su vez triunfar de su resistencia, y siguiendo la poética costumbre de aquella época, interrogaba el corazón de la jóven con mudo lenguaje; pues en aquel tiempo los amantes ántes de revelar claramente su deseos inadvertidos, empezaban por darlos á conocer valiéndose de emblemas, y la doncella objeto de su amor, callada y apelando al mismo lenguaje, aceptaba, ó negaba ó daba esperanzas emblemáticamente también.

Asgor, hijo de Abniel, escogió el camello recién nacido de pelo más dorado de cuantos habia en su rebaño, y poniéndolo de noche entre los camellos jóvenes cuyas cabezas debia contar Daidha al despertarse, se ocultó hasta que le tocara desfilarse al suyo y ver si la doncella, compadecida de él, le daría leche; pero ésta, en lugar de llevarlo á las camellas, lo apartó de todas, y dejó que gritara todo el día de tristeza y de sed entre los cardos y zarzales de alrededor, por lo cual Asgor, viendo su esperanza frustrada, se alejó apesadumbrado y ofendido sin decir una palabra.

Abna, hijo de Kalem, puso á la entrada de la vivienda de Daidha algunos huevos robados del nido de un ave. Si la jóven, al salir del antro al rayar la aurora, recogía aquellos huevos para que pudieran abrirse, y presentándose nueve días solícita por salvarlos, miraba cómo la paloma los cobijaba bajo sus alas, el jóven amante sabia que una mirada favorable cobijaría su amor como el huevo en la arena. Por esto velaba incierto de su suerte á la puerta del antro; mas la virgen, al salir distraída por la mañana, vió los huevos colocados en el nido sobre el musgo, y dándoles con el pié izquierdo una fuerte sacudida, los rompió é hizo rodar por la roca, y el hijo de Kalem no se atrevió á acercarse ya.

Zebdani, hijo de Ormid, fué de noche á la entrada del antro de Phayr, lugar consagrado á los dioses, con objeto de imprimir secretamente la huella de su pié en el polvo del umbral

barrido por Selma. Si la virgen, al despertar y al salir del antro, viendo aquel pié estampado á la entrada, le contemplaba en lugar de borrarlo, y ponía el suyo á su lado para dejar también impresa su huella, el jóven, que acechaba á lo lejos, aquel símbolo, oía sin necesidad de acentos y leía sin palabras, sabiendo, por lo que significaba tal signo, que otra planta seguiría las huellas de la suya. Pero la virgen, al salir por la mañana la primera y al ver aquel pié de hombre estampado en el polvo, lo borró de la movediza arena y arrojó el polvo al viento con ademán altanero, y Zebdani, viendo su huella destruida de aquel modo, lloró por su infructuoso amor, avergonzose y emprendió la fuga.

Las madres se presentaron á Selma para decirle á su vez:

—¿No será posible que encierre en su corazón un secreto amor y que el pudor que tiñe de carmin sus mejillas le impida revelar un nombre que tal vez la avergüence? Obligüémosla, pues, á confesar á pesar suyo el deseo que la ha hecho concebir su mirada; y cuando la expresión de su rostro haya hecho traición á su alma, esta confesión bastará para hacerla esposa del que pueda haber elegido.

Selma consintió en ello, y cuando llegó la noche, empezaron á poner á prueba el corazón de la jóven.

Daidha, que habia regresado al anochecer con sus rebaños, estaba de pié y desnuda en el fondo de la gruta, y sus cabellos sueltos ondulando desde su frente, caían por todas partes desde su cabeza hasta sus piés. Sus negras ondas le cubrían el seno y los hombros, como esas verdes ramas del fresno y del sauce que, cayendo desde la cúspide del tronco hasta el suelo, descansan sobre el musgo en deshechas madejas, en las que el rocío matinal se deposita gota á gota: envolvíanla por completo en una sombra trasparente, y se la hubiera tomado por la imagen de la noche con su velo de azabache, si el viento, levantando á veces un tanto aquel rico dosel, no hubiera hecho ondular con su hálito alguna trenza, y descubriendo en parte aquel cuerpo acariciado por él, no hubiera permitido

vislumbrar momentáneamente aquel rayo de luz, como por la noche se columbra una estrella entre el follaje.

Bajo tan negro manto por entre el que asomaba á intervalos aquel alabastro, oíase su voz y su risa alegre y juguetona, miétras su madre le decia: «Empecemos si quieres» Y levantando del suelo una porcion de sus cabellos, desplególos con los dedos á modo de amplio velo, cual tejedor que prepara su tela y ántes de tejerla anuda al telar los hilos entre los que ha de correr la trama. Acercando en seguida las flores y fibras humedecidas de hojas de palmera recortadas por el invierno, y perlas del río y semillas encarnadas, se las presentaba á su hija, la cual inclinándose para tomarlas, las iba enfilando en las fibras de palmara con la larga espina que le servia de aguja, como enfila el pescador las mallas de la red, mezclábalas luego entre sus hebras de ébano, tan finas que se agitaban sólo al sentir su aliento, y pasando y repasando su aguja á través de la trama de sus cabellos, á un lado y otro, acababa por tejer desde los piés á la cintura el aéreo velo de que la habia dotado la naturaleza. Conforme iba la virgen trenzando y formando nudos, matizábase de flores aquel delantal flotante: su aguja combinaba artísticamente con las rosas blancas el azulado tono de las pervincas, el amarillento junquillo, los rojos claveles, los lirios acuáticos que semejan estrellas ó soles, y sobre el tornasolado nácar de las menudas conchas hacia resaltar las vistosas plumas del pájaro-mosca.

De este modo se arreglaba el único vestido, velo y ornamento de las mujeres de aquella edad, y todo cuanto los países orientales ostentan en su primavera en colores, perfumes y luz, servia para satisfacer ese instinto de belleza que la virginidad comunica á la virgen; de suerte que, cuando una jóven vestida de brillantes colores y de perfumes naturales, se presentaba ante la absorta vista de un mancebo, parecia más bien un símbolo de flores, y aquel cuerpo encantador, aquellos gratos aromas, aquellos suavísimos matices, embriagando por triple manera los sentidos y el alma, precedian á la mujer, fascinando el deseo.

Cuando la brisa postrera marchitaba los lirios que embellecian y embalsamaban aquellos tejidos flotantes, cuando su última rosa inclinaba la corola sobre su tallo, se renovaba la industriosa y admirable tarea, siendo para los mujeres un día de fiesta aquel en que, huyendo de toda mirada profana, competian en amor y en arte para cautivar luego la vista del que las contemplaba. Mas para bordar de tal suerte tan delicada trama, era preciso sostenerla con todo cuidado y sin distraerse, porque si se interrumpia la grata tarea, si uno solo de los cabellos tejidos llegaba á romperse, la trama, escapándose de las manos de la tejedora, se deshacia por completo como una red sin nudos, y la encantadora doncella se quedaba contemplando llorosa á sus piés aquel monton de plumas y de flores.

Pues bien, en el preciso momento en que la resbaladiza trama requería más cuidado y atención por parte de la mano que la tejía, oyóse gran ruido á la puerta del antro en el que se introdujo una mujer presurosa y agitada diciendo:

—¡Asgor, hijo de Abniel, ha caido en el río!

Y Selma que parecia muy atareada en activar la obra, lanzó un grito de dolor levantando los brazos. Daidha se puso pálida de horror; una lágrima, testigo de su pensamiento, rodó por sus mejillas, y su mano suspendió la comenzada trama. Pero no cayó una flor de su mano, y sus dedos temblorosos continuaron de pronto su trabajo.

En esto se presentó otra mujer y dijo:

—¡En el fondo de los bosques está un leon devorando á Abna! ¡Todavía tiemblo de espantó! Tan horrible muerte ha contristado lo que no es decible á sus hermanos, que andan buscando los huesos esparcidos de Abna para darles sepultura!

Renováronse las lágrimas, los clamores y los ademanes de dolor; la doncella se sintió desfallecer un tanto, y la aguja tembló en sus manos, pero sin romper un solo cabello.

Penetró al poco rato en el antro otra mujer exclamando:

—¡Oh día nefasto! ¡Llorad, ojos de Phayr! ¡Golpeaos el seno, oh madres! ¡Háse extinguido ya toda esperanza de la

raza de Ormid! ¡La flecha de los cazadores ha dejado sin vida á Zebdani!

Y en el antro, lleno ya de tristeza y de alarmas, resonaron al oír este nombre sollozos más fuertes y más quejumbroso llanto. Daidha derramó lágrimas por sus tres hermanos queridos, pero ni la angustia de su corazón, ni el llanto, ni los lamentos fueron bastantes á desprender la trama de sus dedos; el terror no la hizo perder el dominio sobre sí misma, y cada doloroso golpe que la jóven recibía en el corazón la obligaba á suspender su trabajo, pero sin romper el tejido.

En vista de la poca impresion que tan siniestras nuevas le causaban, las madres cambiaron entre sí, sin dirigirse la palabra, una mirada escrutadora que la doncella no sorprendió. Una de ellas salió y volviendo precipitadamente al poco rato, dijo:

—¡Qué pérdida tan grande para Phayr! Los esclavos han aprovechado la confusion que reinaba para romper sus lazos, y Cedar, oh Phayr, tu tesoro, tu apoyo.....

—¡Cedar! interrumpió el viejo. ¿Qué ha hecho?

¡Se ha escapado!

Al oír Daidha este nombre querido, soltó la aguja de sus dedos entreabiertos; el temblor que imprimió al hilo rompió los cabellos, las mallas se corrieron nudo á nudo por su propio peso, y hollando con sus piés la trama diseminada, lanzóse la jóven á la entrada fuera de sí. Mas abriendo de pronto todas las mujeres sus brazos y Selma más que ninguna, estorbaron su salida.

—¡Sé, oh hija, ménos diligente para cubrirte de oprobio! exclamó. ¡Retrocede! De todo cuanto has oído, lo único cierto es tu vergüenza! Sí, nada de lo que se ha dicho es verdad, y sí tan sólo el grito que acaba de venderte, grito que agolpa al corazón toda la sangre de Phayr. ¡El fruto maduro de Selma para el diente del esclavo! ¡Oh madres, exterminad la hija que arrostra nuestras iras! ¡Dioses que me haceis traicion, destrozao en ese umbral! ¡Antros, caed sobre ella y sed su tumba! ¡Oh madres! No reveleis este misterio á vuestras hijas: todas

las familias se llenarian de horror, y las hermanas al hablar de él se dirian unas á otras: «¿No sabes que un corazón libre ha palpitado por un esclavo vil?» Y la sangre de nuestros abuelos herviria bajo tierra de vergüenza y de enojo si llegase á conocer este secreto. ¡Huid de este recinto mancillado, dejadme sola!... Y tú que fuiste mi hija y que no lo eres ya... súmete en las tinieblas de la noche y de la tierra. ¡Que jamás te alumbre el sol fuera del antro! ¡Que jamás ilumine tus ojos la claridad del día hasta que tu hiel haya absorbido todo tu amor, hasta que amargando el llanto tus labios, vengas á prostrarte á mis piés diciéndome: «Madre mia, he lavado esta mancha con el agua de mis ojos; unid á vuestra hija con el hijo de vuestros abuelos.»

Y asiendo á Daidha de una larga trenza, como un perro que el cazador lleva atraillado á los bosques, la condujo al fondo del antro tenebroso cuya pared habian grietado las raíces de los árboles, y atándola á ellas por sus negros cabellos, la dejó allí como un alma olvidada.

En seguida, prosternándose Selma á las plantas de Phayr, le dijo con voz velada aún por el enojo:

—¡Demos muerte al esclavo, ó caerá sobre nosotros un balcón eterno!

Mas el anciano contestó:

—¡Oh ligereza femenil! ¿Qué crimen ha cometido para hacerle sufrir una muerte infame? Si hoy arrojo sobre él mi piedra, ¿tus labios podrán tocar mañana sin horror mi mano? ¿Es un crimen que el león ostente su melena? ¿Es un crimen que el Sol deslumbre la vista? ¿Es criminal Cedar porque Daidha le haya mirado con ojos de insensata compasion? ¡Oh mujeres! ¿habré vivido acaso tan luengos años para ignorar que una mirada compasiva no subyuga vuestras almas, y que el curso de un río es ménos caprichoso que el corazón de una doncella en el cual ha penetrado el amor por los ojos solamente? Créeme, Selma: lo que un viento trae, se lo lleva otro viento; cada hora tiene su idea y cada noche su sueño, y la edad extingue por sí sola un fuego sin alimento. Mantén

á la jóven separada algunos dias de su amante ; enviemos á éste á guardar en la sombría montaña los ganados que se han multiplicado tanto gracias á su solicitud : ten á tu hija cautiva y sola, léjos de él, hasta que sus ojos hayan consumido su tedio. Otro amor nacerá, no lo dudes, porque el corazon es un manantial murmurador y profundo que jamás se agota, y que, cuando la mano se opone á sus rodeos, se abre otro lecho y sigue distinto curso.»

Luégo, poniendo sobre su cabeza su mano paterna como un leon clemente que lame á una gacela, logró sosegar el corazon y calmar el llanto de Selma con dulces palabras cuyo acento la tranquilizó. El sueño extendió su manto sobre el antro de sus antepasados, quedando sola, despierta y con el corazon destrozado la mísera Daidha.

Pero cuando los pastores llevaron á abreviar sus rebaños, fué circulando un rumor salido de los labios de las mujeres : ¡ La perla de Phayr perdida y profanada ! ¡ Daidha fascinada por los ojos del extranjero ! De todas partes surgió un murmullo de horror, y la muchedumbre corrió amotinada en busca de Cedar. El esclavo, perseguido, inerme y sin jueces que le oyeran, acudió á refugiarse á la puerta de Selma ; pero las madres, los hijos y sus rivales triunfantes al ver su frente inclinada, excitados por el odio y por la envidia, se le anticiparon y satisficieron en él su insano y cobarde afan de venganza.

—¿ Eres tú, gritaban, vil chacal nocturno, el que nos roba los corazones de nuestras castas hermanas ? ¿ Y pretendes que sea para tí, mudo abyecto que ni siquiera eres un hombre, alimaña que ignoras hasta el nombre que te dan ; tú que manillas la mirada que por acaso se fija en tí, y á quien el onagro y el perro arrojarían de su cama ; pretendes que sea para tí Daidha, la flor de los ojos que nuestra alma respira ?

Y mezclando la rabia con el sarcasmo, inventaban á porfía

alguna afrenta, y éste le arrojaba barro ó le escupia en la cara, aquél le lanzaba un trozo de peña, otro le clavaba una flecha, y en su cobardía, y mofándose de sus miembros ligados, le derribaban al suelo, le pisoteaban, y no atreviéndose á darle muerte para satisfacer su encono, cada cual le prodigaba un tormento ó un ultraje. Cuando aquellos viles corazones hubieron vaciado todo su caudal de insultos é improperios, quedó en tierra apedreado, y aquellos tigres, saciado ya su odio, le dejaron cuando ya asomaba á su frente la nerviosa palidez de la muerte.

Y tú, pobre vírgen encadenada, ¿ qué hacías al oír los gritos de tu Cedar, derribado por las ondas ? No atreviéndose á despetar á su madre que dormía, cada insulto llegaba desde léjos á su oído ; la befa amarga y el afrentoso ultraje laceraban su corazon y subían hasta su rostro ; su alma se estremecía de ira en su seno como el feto que se mueve en el claustro materno ; cada golpe que resonaba en la roca creía sentirlo en sus agitados miembros ; cada impulso que el horror comunicaba á su pecho conmovía con sacudida igual la raíz á que estaba atada, y sus cabellos, sujetos con siete nudos á las rocas, casi se desprendían de su cabeza á fuerza de desaforados tirones. Al oír los golpes sordos y los lamentos de aquella voz, procuraba inútilmente con mano convulsa deshacer las ataduras que agarrotaban sus piés ; de sus lastimados miembros brotaba copiosísimo sudor, y sus esfuerzos solo servían para apretar más y más los lazos que la aprisionaban. Por último, en un arrebató de frenética rabia y á la manera de la zorra trabada por un muchacho, que lima con sus dientes los anillos de hierro que la oprimen, así también la jóven, royendo con sus dientes su negra cabellera y desprendiéndose poco á poco de sus nudos, acabó por romper su cadena, precipitóse fuera de la cueva, y acudió, guiada por un sordo gemido, junto al cuerpo de su amante.

La luna, que aún no estaba en su plenilunio, rasaba las co-

pas de los árboles en la cumbre de los montes, desbordando apenas de ellas, y los negros troncos, interceptando sus rayos, muy bajos todavía, formaban un crepúsculo en el que era forzoso andar á tientas. Daidha procuraba amortiguar el ruido de sus pasos sobre la silenciosa yerba para que esta guardara discretamente el secreto de su marcha, é inclinada la cabeza y extendidos los brazos, andaba como la cierva que husmea el viento. El soplo entrecortado de un aliento oprimido la condujo al sitio en que estaba Cedar, é inclinándose sobre éste y levantando los brazos que el horror la obligó á extender, devoraba con los ojos sus facciones ensangrentadas.

El esclavo estaba desmayado sobre un monton de piedras, cubierta la frente de palidez mortal, cerrados los párpados, y el cuerpo traspasado de flechas: en el exceso de sus tormentos habia perdido hasta el sentimiento del dolor, y advertiase en él ese sosiego en que el alma, aturdida por la fuerza del golpe, fluctúa entorpecida entre el sueño y la muerte. Por sus miembros corría glacial sudor; surcaban su piel algunos rastros sangrientos, y su perro, único sér que le acompañaba, olfateando sus heridas, las lamia una tras otra con su lengua de amigo.

Daidha se inclinó sobre el cuerpo de Cedar y oplicó el oído á su amortiguado aliento; y observando que su corazón palpitaba aún bajo su mano y viendo que recobraba el color al calor de sus besos, sintió que renacia su esperanza y que con ella su amor cobraba nuevas fuerzas; le arrancó sucesivamente las flechas que por carecer de filo le habian causado heridas poco profundas; le besó las sienes en las cuales habian impreso las piedras cárdenas señales; fué á buscar agua en el hueco de la mano y lavó con ella las manchas de sangre que salpicaban su piel; púsose luego á coger á favor de la luna, yerbas medicinales que arrancó hoja por hoja, las fué aplicando una á una, humedecidas aún por el fresco bálsamo de los cielos, en cada llaga regada por sus lágrimas, y las adhirió como un brazalete de ámbar que una mano amorosa

enlaza en cada miembro; hecho esto, le quitó cuanto pudiera causar algun peso ó estorbo á su comprimido seno á fin de que respirara con toda facilidad el aire puro de la noche, y sentándose en seguida junto á él en el musgo, reclinándole suavemente la cabeza en sus brazos, sosteniendo tan dulce peso sobre sus temblorosas rodillas, y acercando su rostro á aquellos labios sin voz, mientras sus cabellos sueltos, cayendo como una nube, unian labio con labio y rostro con rostro:

—¡ Cedar! le decia; ¡ oh, habla, vuelve en tí! ¡ Los infames se han marchado; abre los ojos; soy yo! ¡ Ya no corre tu sangre, oh esposo de mis ensueños! Mis cabellos cortados te han servido de esponjas; en mis rodillas descansas; tu cabeza está reclinada en mis brazos, y mi aliento orea tu rostro: ¿ no vuelves en tí?

¿ A quién no hubiera hecho revivir un acento tan próximo y tan tierno? Cedar no pudo oirla sin volver al punto en sí, y exhalando un suspiro que le devolvió la vista y la voz, exclamó:

—¡ Oh Daidha! ¿ Eres tú? ¿ Eres tú, grata ilusion, hálito de los labios de una mujer, el que devuelve el aliento á mi seno y la luz á mi alma? ¿ Eres tú cuya boca?... ¡ Oh cielos! ¡ Huye, infeliz, huye! ¿ Sabes tú lo que han dicho? ¿ de dónde procedo? ¿ dónde estoy? Sabes tú que á impulsos de su saña excitada por tu madre, yo moria por amarte, y tu mueres si.....

—¡ Hermano mio, dijo Daidha, sellando sus labios con un beso, no huiré, no, aún cuando me hiciesen pedazos! Puesto que la malicia de las mujeres ha descubierto en nuestra mirada el amor oculto en los repliegues de nuestras almas, hable ya ese amor que nuestros corazones no se habian confesado jamás y moriré contenta ¡ Sí, á tí era á quien yo amaba, mucho ántes de haber visto tu rostro, y en mis sueños infantiles ya besaba tu imagen! ¡ A tí era á quien veía cuando cerraba los ojos, como se ve en la muerte el espíritu de nuestros abuelos! y cuando apareciste, descendiendo de los cielos tal vez, creí conocerte á pesar de no haberte visto

nunca. Recibí de tu mano la salvacion de mi vida, sin que me causara extrañeza el brazo que acudia en mi socorro; y sin que mi gratitud inmensa pudiese aumentar en lo más mínimo este amor cuyo origen ignora mi corazon; pero la compasiva ternura lo hizo penetrar á mayor profundidad en mi seno, del propio modo que hundiendo la semilla en la tierra se hace germinar la flor. Oponiendo mi ternura á sus enemistades, igualaba mi compasion reparadora á los males que te causaban, y cuanto más te humillaban ante mí, más se entregaba á tí mi corazon ensangrentado. ¡Qué vínculos atraen á los que se aman! Mis piés se encaminaban involuntariamente hácia el árbol junto al cual dormias; tan ágil y leve era mi paso que apenas hollaba la yerba; mas al regresar, mis piés se resistian á alejarse de aquellos sitios. Cuando entraba acompañada de tu sombra en el interior de mi morada, el tedio que me consumia me hacia contar todas las horas en el cielo y hubiera deseado borrar del día y de la noche las que mediaban entre la partida y el regreso. Yo llenaba con tu recuerdo ese insoportable vacío de los días, y así como esas doradas plantas que, vueltas siempre hácia el sol, van mirando siempre la marcha ascendente de su astro, así tambien miraba mi alma constantemente hácia el sitio en que te hallabas; el acento de tu voz resonaba de continuo en mi oido, como el del niño que desvela á su madre, y siempre te oía en el silencio que en mi interior reinaba: tú me decias... no sé lo que me decias, pero yo te contestaba, y en estas pláticas me decias cosas que teñian de vivo rubor mis ardorosas mejillas. Y luégo yo miraba, con el corazón y el aliento en suspenso, si los demás habian oido algo, ó visto el ruboroso carmin de mi rostro. Sin embargo, cuando me encaminaba en tu busca, me sentia tímida y vacilante, no sabia que decirte, y á menudo se lo decia al viento para que el viento te lo repitiese! ¡Oh! ¿No hablaba á tu amorosa imaginacion cuando al levantar hasta mi rostro tus inclinados párpados como si escucharas á alguién que te hablase en voz baja, empezabas á pronunciar palabras que dejabas sin terminar?

»Entónces era yo una criatura, mas á medida que con el tiempo maduraba mi juicio, disipóse toda esta felicidad quedando todo el amor, y bien sabes cuán tristes eran las miradas que nos dirigiamos; pero lo que ignoras, lo que te ocultaba, hermano mio, eran las lágrimas de compasion que me hacia derramar tu miserable suerte. ¡Sí! ¡Cuántas veces, sentada á la sombra de la frondosa arboleda del bosque me ocultaba á tu vista para contemplar tus facciones, espiando tu mirada, tu actitud, tus ademanes, tus pasos y tu acento, para adivinar lo que pasaba en tu interior! Y al adorar la celestial belleza de tus ojos, al ver ese yugo vil de tu cautividad que pesaba sobre tu cuello sin envilecerlo, ántes bien realizándolo como lazo que el águila rompe y remonta consigo al cielo, al ver profanado con indignos vínculos á aquel cuyas miradas hacian bajar las mias, á aquel que, descollando sobre todos los mortales, parecia un dios á quien los humanos hubiesen arrancado las alas, pensaba yo humillando la frente ante tí: «¡Por mi amor gime aprisionado; esa frente cuyo culto son mis ojos obedece por mí sin murmurar al muchuelo que le insulta; por mí permite que le pisoteen esos hombres á quienes haria retroceder con un solo ademan!» Y mi corazon indignado se aborrecia á sí mismo por haber sido causa de la degradacion del sér á quien amaba, y lo hubiera dado todo cien veces con tal de romper las cadenas de tu cuerpo ó sacrificarme por verte libre. Tus brazos ennoblecian á mis ojos esas ataduras, y por participar de ellas me era envidiable la suerte de los esclavos. Y sintiendo mi alma herida por las afrentas que te ocasionaba tu servidumbre, me golpeaba la frente sobre mis lastimadas rodillas, y de mis ojos brotaba continuo llanto como de dos manantiales inagotables, y mi seno oprimido entrecortaba mi aliento, y pasaba días enteros sollozando en secreto y deseandó que no encaminases hácia mí tus pasos! Y temeroso de excitar nuevos rencores contra tí, me lavaba los ojos en las fuentes; al regresar sepultaba mis sinsabores en lo más profundo del corazon, y ostentaba mi frente serena, aunque llena de tinieblas el alma.

»¿Pero de qué me ha servido tan insensata prudencia? Mis

manos han hecho traicion á mi pensamiento al oír tu nombre; he desdeñado á sus hijos; han averiguado la causa de mi desden, y su menguada enemistad va á tomar en tí señuda venganza de mi desvío. Ya han herido á flechazos y pedradas esos miembros bañados con el agua de mis párpados. ¿ Por ventura no he oído lo que han dicho y hecho? Volverán mañana á dar fin á su siniestra obra: el temor de Phayr aplaza tu suplicio; pero mi madre ha pedido justicia al anciano, afanoso por borrar con la muerte y el olvido el baldon de su sangre en mi corazón envilecido. ¡ Si, morirás apedreado por ellos ó vivirás tan sólo de ultrajes si no haces ilusoria tanta saña apelando á la fuga inmediatamente. ¡ Huye pues sin mirar atrás; huye para no volver, pero llevando contigo mi vida y mi amor! ¡ Herida mortalmente por la flecha de tus ojos, no tardaré en morir á los golpes de mis propias ideas; las gotas de mis ojos ahogarán mi corazón, como la lluvia torrencial troncha y deshoja la flor; pero fiel á tu memoria, oh hermano del alma, ningún hijo del desierto me dará jamás el nombre de esposa, y si en el seno de la tierra, en ese país donde moran nuestros antepasados, hay alguna región en que el esclavo tenga hermanas y dioses para librarme de los furiosos de su celoso odio, iré á él á prepararte el lecho nupcial, y reunidos allí por siempre bajo otros firmamentos, iremos á amarnos en el cielo de los amantes!»

Y mientras así le hablaba con los labios aplicados á sus mejillas, corrían las lágrimas de la jóven como un arroyo entre sus largas pestañas sacudidas por los sollozos, y al sentir Cedar cómo caía sobre su frente aquel llanto ávidamente recogido por sus sedientos labios, bebía hasta las heces de aquel corazón que en él se deshacía. Al sonido de aquella voz que resonaba en su alma, permanecía enmudecido, enajenado, suspenso, sin atreverse á hacer un movimiento, un ademán, ó á dirigir una mirada que detuviera el celestial desbordamiento de tanto amor, á la manera del hombre abrasado por la sed que, encontrando en su camino á un niño que vuelve del pozo con un ánfora en la mano, acerca á ella sus

ardorosos labios, y sin tomar aliento, apura hasta el fondo el líquido de la vasija.

El bálsamo divino de los acentos de la doncella convertía en voluptuosidad inefable la angustia de sus sentidos. Habiendo cesado de manar su sangre de todas sus heridas, agolpábasele al corazón, atraída á él por tan dulces palabras, y así como al llegar la primavera, el león enamorado atraído por los rugidos de la leona, corre y salta en pos de ella con las pupilas inflamadas, dejando en las puntas de las rocas mechones de crin y gotas de sangre, sin sentir, en su amoroso arrebato, el dolor de las espinas que taladran sus costados, así también Cedar no sentía ya los agudos dolores de sus lacerados miembros. Aquel amor que sus labios helados absorbían reconcentraba todos sus sentidos en una sola idea, y cuando cesó de oír la trémula y débil voz de Daidha, no se levantó, sino que de un brusco empuje saltó del suelo. Con los cabellos ondulantes cual si lo azotase la tempestad, levantando entrambas manos hasta el nivel de la cabeza y juntándolas con fuerza sobre su frente, corriendo de árbol en árbol y abrazando los troncos, sin escuchar al parecer la voz que lo llamaba, describió tres veces un gran círculo en torno de la jóven, y precipitándose luego á sus pies:

— ¡ Amarme tú, Daidha! exclamó; ¡ yo esposo tuyo! ¡ Hablarme tú de amor durante la noche, y tener yo la dicha de escucharte! ¿ Seguir bebiendo esas lágrimas que acabas de derramar? ¿ Reclinarte otra vez mi cabeza en tus brazos en tanto que tú me miras siempre así? ¿ Sentir en mi cuello el leve temblor de tus labios como el agua que se agita á impulso del viento? ¿ Confundir nuestro aliento y nuestras miradas? ¿ Y pretender que huya, y suponer que me inspiren temor los golpes de esos cobardes? ¡ Oh! ¡ Bendito mil veces sea el yugo con que me sujetan! ¿ Qué me importan sus golpes? Mira, ya estoy curado: tus labios han restañado al punto toda mi sangre. ¡ Oh Daidha! Muera yo cien veces á tal precio, puesto que vivo cien veces en una hora como esta!

Y así diciendo se arrancó y pisoteó las yerbas vulnerarias

que la doncella habia aplicado á sus miembros, y llevando los cabellos de ésta á sus labios ardientes, prosiguió :

—«¡Cabellos de Daidha, sed mis únicas plantas! ¡Vosotros prestais grata sombra á la flor de mi terrestre Eden; para crecer aspirais el jugo de su corazon, y embalsamais el aire con el viento de su hálito! ¡Oh yo os regaré con la pura sangre de mis venas!»

Y los inundó de apasionados besos, y los enlazó como anillos á sus dedos.

Daidha, pasando á cada palabra de la muerte á la sonrisa, contemplaba en silencio á su amante. Cedar la cogió triunfante como la madre coje á su hijo de la cuna; la levantó del suelo gimiendo de júbilo, y arrobado al mostrar á las estrellas su presa, y levantándola hasta su corazon sin sentir su peso, la condujo así hasta lo profundo del bosque :

—¡Huyamos, la decia en voz baja, para que la luna no oiga estas cosas desde el cielo: sus rayos reflejados en las aguas parecen espiar nuestros pasos; huyamos para que no los muestre á tu madre!

Y la virgen temblando le devolvía sus caricias, enlazaba á su cuello robusto sus largas trenzas, y al sentir los labios de su amante sobre los suyos, creia que el viento trasportaba su espíritu á los cielos.

—¡Oh Cedar! decia ella, ¡oh! ¡cuán grande es la muerte cuando se corre así hácia ella en brazos del amor que nos arrebató! ¡Oh Cedar! ¡Lleva á donde quieras á la esclava de tu corazon, cuya cadena es tu brazo; sírvate este corazon de mujer de refugio contra sus cadenas: sé el esclavo de todos y el rey de mi alma! ¡Oh Cedar! ¡Así tuviera yo cien corazones y cien bellezas para devolverte tantas felicidades convertidas en amor!

.....  
Léjos de la claridad importuna, de la luna envidiosa, formaba declive á la orilla del rio un delicioso otero con gigantescos árboles, arraigados en las ondas, sobre las que inclinaban su frondoso ramaje. A su fecunda sombra, que alimentaba el terreno y comunicaba grata frescura á las aguas, de-

sarrollábase una vegetacion exuberante llena de perfumes y de colores: los piés se hundian en una alfombra de flores y Cedar, rasgando aquel verde velo en su marcha, iba apartando las oleadas de follaje como un hombre que nada. Las floridas enredaderas enlazadas á los troncos, trepaban de rama en rama subiendo hasta las copas y cayendo desde allí cual un tejido de verdura, como un cable roto cae de lo alto de un mástil, se entrelazaban parecidas á cables anudados, formando un blando pavimento en el que se hundian los piés: mientras otras enredaderas más modestas se asian á ellas á su vez reuniendo sus guirnaldas. La vid silvestre extendia por doquiera sus pámpanos; de los limoneros caia una lluvia de flores, y las vistosas campanillas, contribuyendo á hacer más compactas las matizadas mallas de aquella red, pendian y acudían en busca de sus racimos separados. Las auras sacudían los ápices de los cañaverales, y las encendidas plumas de las aves más raras, que caian del ramaje donde secaban sus alas, salpicaban aquellas redes con su flotante lluvia; el ala de las mariposas se rompian contra ellas al volar, y un rayo luciente de la velada luna, que pasaba al través del follaje como el chorro de una cascada argentaba aquellas sombrías bóvedas con misterioso crepúsculo.

La trama de la red temblaba sobre el musgo á impulsos de la brisa más leve como una hamaca de flores; si algun ave se posaba en ella, oscilaba fuertemente, y cada húmedo cáliz destilaba sus gotas en ella. De tan plácida atmósfera se exhalaba con profusion una adorífera nube de estambres de flores, de alas de mariposas, de insectos, de colores, cual de un prado ya maduro hollado por el pié del segador, y los nocturnos céfiros llevaban al través del ramaje la armonía y la frescura de las aguas.

Al vagar el mancebo solitario por las orillas del rio, entre todos los secretos de aquella tierra virgen, habia descubierto ántes que nadie, y admirado con frecuencia los misterios de

paz de tan retirado lugar; más de una vez se había tendido en aquella hamaca de flores, cerrando á la luz sus ojos llenos de la sombra amada, y su alma había soñado que en aquel nido de amorescuchaba su paloma sus amorosas frases. Más de una vez le había encontrado la doncella, miéntras le buscaba al pié de los troncos de los plátanos, cobijado bajo los arcos de enredaderas, y más de una vez también, entregados á juegos inocentes, al ver á Daidha tendida entre lirios, en aquella cuna flotante de la que pendían sus cabellos, la había mecido su mano arrullándola dulcemente, miéntras ella fingía dormir un momento para echar á correr de pronto y reirse placenteramente de su burlado amante.

No sé qué vago instinto de la mente le impulsó entónces hácia aquel sitio en su fuga insensata. ¿Era un sentimiento ciego del amor que deseaba para tal ventura semejante mansión? ¿Era que, exaltando su alma hasta el culto, temía que el suelo la mancillase, pareciéndole la tierra indigna de tocar á la que hubiera deseado depositar en un cielo? Lo cierto fué que á la manera del torrente que rueda por su cauce, llegó en un instante al verde otero, dejando á Daidha reclinada entre las flores; á su peso la cuna rebosó de perfumes; de los cerrados cálices de las flores manó abundoso bálsamo; las aves adormecidas remontaron el vuelo desde las ramas, y al enredar sus alas en las plantas parásitas de las copas, hicieron caer al suelo cual fresca lluvia las gotas de rocío del follaje.

Cedar se quedó contemplándola enajenado de júbilo y cruzado de brazos, como quien deja un momento su presa para volverla á coger; luégo acercándose á ella, sentóse á su lado como una madre dichosa junto á su hijuelo dormido; y apoyando el codo en aquel balsámico lecho que la adorada cabeza de Daidha hundía un tanto con su peso, y cobijando con los ojos su tesoro, olvidóse; ay! de que sus piés tocaban todavía esta tierra de lágrimas y de que la luna seguía su curso en el cielo..... Lo que entónces se dijeron, solamente lo

oyeron los cálices de las flores y los musgos. Los espíritus, cuyo único sentido es el amor del cielo, se detuvieron envidiosos al oír aquellos mortales acentos; y Cedar, aspirando el cielo en su sonrisa, llegó á creer que el cielo entero consistía únicamente en aquel delirio.

.....

Cuando las horas, que su amor no había tenido para nada en cuenta, hicieron que por el horizonte azomara la tenue luz de la alborada, cuando las doradas nubes se agrupaban por oriente y las crestas de los montes se perfilaron sobre el fondo azulado del firmamento, y cuando la alondra, esa ave envidiosa cuya voz odian los amantes, remontó el vuelo cantando por los bosques se les oprimió el corazón y la luz ofendió sus incrédulos párpados, como ofende los del que recibe un golpe en los ojos. Mas por último fuerza fué desprenderse uno de los brazos de otro: Cedar se dejó atar sus lazos, que Daidha besó cien veces al ponerselos, y deslizándose en seguida con furtivo paso entre los troncos de los robles, corrió á meterse en el antro ántes que el anciano despertara á Selma. Ella misma ató á las raíces, para engañar á su madre, la trenza que había cortado con los dientes al partir, y suplicando á todos sus dioses que otorgaran protección á su jóven esposo, volvió á verle en su corazón al cerrar los ojos.

